

# Julio Verne en Morón



**JORGE MONTELEONE<sup>2</sup>**

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Hace muchos años, en los años sesenta y en una casita del suburbio rodeada de calles de tierra con zanjas para que corriera el agua, había una vez un chico al que su abuelo, un jubilado ferroviario, le regaló un libro de Julio Verne llamado *Viaje al centro de la Tierra*. Solo habían pasado cuatro o cinco años desde que el chico había aprendido a leer y apenas unos meses desde que había logrado terminar, como si subiera con esfuerzo una alta montaña, dos novelas de apretada letra, en dos columnas, como las que leía la gente grande: sin dibujos. Pero ahora tenía que entrar a las profundidades del mundo.

Todo comienzo es una repetición. Escribo otra vez la fórmula consabida del relato infantil para contar aquello que fui, ese chico con el libro de Julio Verne en Morón. Había sido yo, pero podía ser cualquiera, durante más de un siglo. Proust escribió el símil en *Sodoma y Gomorra*, el volumen cuatro de *En busca del tiempo perdido*: “tenía el aspecto atento y febril de un niño que lee una novela de Jules Verne”. Cuando Rimbaud escribe el poema “Los poetas de siete años”, imagina a un niño como si fuera un iniciado, el que atraviesa otra vez el desarreglo de todos los sentidos: un chico que blasfema y que odia a su madre de ojos azules; que reniega del libro del deber; que se toca con los dedos que pasa por los agujeros de los bolsillos de su pantalón; que se queda escondido en la letrina oliendo el relente del orín y la mierda; que, para escándalo de su casa, se hace amigo de los chicos mendigos; pero luego se encierra en su cuarto y en la cama de sábanas ásperas lee un libro de Verne donde un barco despliega las velas.

Aquella escena es, a la vez, anacrónica y extemporánea, de otra época: los instrumentos han cambiado, la inmediatez y los relatos avanzan por otras vías, pero en los años sesenta un libro era para mí una especie de talismán y no lo idealizo llevado por una ilusión retrospectiva si digo que ya era algo un poco mágico y precioso.

Al decir que esa escena ya *ha ocurrido*, al repetir la fórmula –“había una vez un chico al que su abuelo le regaló un libro de Julio Verne”–, sospechamos que toda escena originaria en verdad solo

---

2 Este texto es una selección curada y comentada por el autor que retoma pasajes de su libro *El centro de la Tierra (Lectura e infancia)*. Buenos Aires: Ampersand, 2018.

aparece en el ritual, existe para ser repetida en el eterno retorno de lo mismo. Vuelve, solo vuelve, pero ha dejado de suceder en el mismo instante en que es evocada y resta su resonancia. Sin embargo, cada vez que vuelvo a aquel viejo libro de Verne (1961) de la editorial Tor o cada vez que nombro a Julio Verne, ese origen que se desplaza para siempre aparece con la intensidad propia de lo más amado. En la lectura la vida se vuelve más intensa. Pero hay algo más en lo que todo esto se magnifica y determina. Los exploradores de *Viaje al centro de la Tierra* viajarían a Islandia para entrar en el interior del volcán Sneffels y lentamente alcanzarían las entrañas del mundo y, en cada descenso, también estarían descendiendo en el tiempo. Pero lo que a mí me ocurría era algo no menos extraño: el volcán Sneffels no estaba para mí en Islandia, o no estaba *solo* en Islandia: ese volcán, con capas sucesivas de detritus carbonizados, cuyo cráter se abría a una profundidad de dos mil pies, también estaba abierto allí mismo, en Morón, se abría como un cono invertido, porque el centro de la Tierra estaba allí, en el conurbano, donde yo leería por primera vez, donde yo iba a encontrar aquel paraíso perdido, las horas del verano y del invierno en las cuales recibiría como objetos incandescentes aquellos libros inolvidables que ahora, todavía, me sostienen desde aquella tierra barrosa, aquella tierra con plantitas de maíz, almendros, durazneros, higueras, aquel gallinero pequeño hecho palmo a palmo con postes viejos y alambres, aquel galponcito de herramientas, aquel calentador de bronce con la pavita hirviendo, aquel brasero, aquellas cortinas de lona y el mantel de hule y la radio enorme de madera y la estufa a querosén: ese era el lugar del centro de la Tierra, estaba allí en Morón, el volcán Sneffels estaba en Morón donde escribía Julio Verne para mí, lentamente, trabajosamente, letra por letra, en las páginas amarillentas de los libros baratos.

Voy a hacer un largo rodeo, voy a contar otra vez aquella escena que me llevó al centro de la Tierra y nombrar lo que ya *no está allí*. La nona Teresa, mi abuela paterna, había enviudado muy joven y volvió a casarse con un siciliano, un obrero ferroviario llamado Rosario Favazzi, que se convirtió así en el padrastro de mi padre. Ese fue el abuelo que conocí, no aquel pintor y fileteador que vivía en La Boca de apellido Monteleone y que murió de leucemia antes de los treinta años. Mis abuelos vivían en esa casita de Morón, que nono Rosario había construido por sí mismo junto con sus paisanos albañiles. Desde muy chico y durante toda mi niñez yo iba a pasar con ellos muchos días de mis vacaciones de invierno y de verano.

Cuando yo me despertaba en aquella casa él ya estaba zapando la tierra. Y cuando volvía a tomar algo caliente después de haber atravesado la madrugada y se asomaba al pequeño cuarto que daba a la cocina, me veía acostado leyendo las revistas de historietas que yo había apilado la noche anterior. Me decía desde la puerta que en lugar de zapar la tierra yo estaba todavía en la cama y que por esa sola razón era nada menos que un *scanza fatica*. La voz de mi nono era un trueno cóncavo: “¡Entonce’ levantesé, su! ¡É l’ora de levantarsi! Preparelé la leche, e vamo”. Mi nona Teresa apenas me defendía y luego preparaba el desayuno. El perro se lanzaba sobre mí. El resplandor del invierno exterior le daba cierta consistencia al vapor de mi aliento. El colchón crujía, tenía un ruido de viento o de pisadas entre ramajes: estaba hecho con decenas de hojas secas de maíz, las hojas de chala envueltas en una tela gruesa que mi abuelo había cosido con el oficio de un colchonero. Y aunque fuera el invierno helado él ya estaba zapando a la madrugada. La palabra “zapar” la había aprendido de mi abuelo. Sobre su primera juventud en Sicilia decía: “Zapábamo’ de sol a sole”. Era el nombre del azadón: la *zappa*, con la que ablandaba los terrones o quitaba la mala hierba. Luego removía todo el terreno con

la pala de cavar y lo preparaba para la siembra. Así ese hombre estaba verdaderamente en el centro de la tierra. En su casa vivía como un campesino que cultivaba una pequeña parcela a la que llamaba “la quinta” y estaba jubilado como un obrero ferroviario, cuando trabajaba como carpintero en los talleres de reparación del ferrocarril Sarmiento. En esos terrenos que había comprado en una calle de tierra en Morón, todavía lodosa y surcada de yuyales, en aquella Argentina perdida en la cual un trabajador ahorraba durante el primer peronismo una pequeña suma para pagar su cuota del loteo, mi abuelo reproducía en pequeño su antiguo saber de campesino en Sicilia. Y en aquel suburbio del oeste cumplía en sí mismo aquello que John Berger había observado en *Puerca tierra*: ya cultivara arroz en Java, trigo en Escandinavia o maíz en Sudamérica, la característica del campesino en todas partes de mundo era la *supervivencia*. Yo reconocía en mi abuelo esa tenacidad para sobrevivir, por ella se mantenía entero y escapaba por un rato a la plusvalía al proveer su propio sustento y el de su familia incluso en la más ardua escasez. Pero no depositaba su fe en el Dios de San Francesco de Assisi, que vestía a los pájaros y las flores del campo y cantaba a las creaturas, sino creía, con fervor y tal vez idéntica inocencia, en Vladímir Ilich Uliánov. Mi abuelo era comunista desde antes de llegar a la Argentina y se había enfrentado con los fascistas de su pueblo, San Salvatore di F’Italia. El Partido le proporcionaba a mi abuelo folletos y revistas que acumulaba en un armario oscuro que siempre me permitía explorar, como el opúsculo dedicado a Lenin, llamado *El más humano de los hombres*. Nono Rosario leía ese folleto como un catecismo y en él había aprendido que los principios del internacionalismo proletario no eran obstáculo para que Lenin fuera “un ferviente patriota, que amaba sin límites a su pueblo, y amaba la cultura y la literatura de Rusia” y estaban también los números de *Novedades de la Unión Soviética*: en uno deletreé la palabra “Sputnik”, en otra “Shevchenko”, en otra “Maiakovski” –que había escrito un largo poema en 1924 al dios laico de nono Rosario, “Lenin”. Durante mis vacaciones de invierno y de verano en Morón, cuando levantaba la vista de mi revista de historietas hundido en un sillón de jardín rojo y blanco en mitad del patio, lo veía llegar de la quinta cargado de hortalizas, calzado con los zuecos que se había fabricado con un pedazo grueso de madera y una tira de cuero clavada en ella y limpiándoles la tierra acumulada con un cuchillito. La llamaba a mi abuela y le entregaba los *zucchini*, la acelga, las zanahorias y los choclos para hacer la sopa o los *broccoli* o las habas para la pasta. No esperaba otra cosa que el alimento y la exactitud, ganados a la naturaleza y otra vez lejos del mercado. Por las noches comíamos los tres, mis abuelos y yo, en la mesita de la cocina cubierta con el mantel de hule y él sintonizaba a esa misma hora Radio Moscú con la onda corta, en una radio de madera gigantesca de enorme potencia, aunque a veces pegaba la oreja contra el aparato para discernir las noticias brindadas en español y escuchar la transmisión desde la remota capital soviética que jamás conoció. Durante aquellos años de la dictadura de los sesenta posterior al golpe contra el presidente Illia, mi abuelo esperaba, sediento, saber algo acerca de la Argentina que no fuera lo que pregonaban los diarios complacientes o la revista *Siete Días Ilustrados*, que en una tapa tenía el entero rostro abominable del dictador militar de turno a color con el titular “Onganía ¿Sí o no?” o en la tapa del número dedicado al Cordobazo tenía una fotografía en blanco y negro de tres milicos del III Cuerpo de Ejército a caballo mientras el del medio apuntaba hacia atrás con una pistola junto a la leyenda “El desafío cordobés”.

Aquella tarde fría de julio de los años sesenta, unos días antes de mi cumpleaños, vine a pasar unos días de vacaciones de invierno a Morón. Yo era feliz al llegar allí en esa época del año y en

aquel mundo, cuando el frío matinal era franco y afilado y tenía un tiempo propio en el curso de las estaciones, cuando el sol de la tarde caía con nitidez sobre las cosas y las recortaba sobre sombras plenas, cuando el calor interno de la pobreza protegida –en los carbones encendidos del brasero, en el ladrillo caliente sobre la hornalla, en el humo de la sopa– obligaba a retirarnos de todo en la intimidad y la llaneza. Armonía era para mí la rutina de la casa de mis abuelos. En la niñez cuidada, donde no hay decisiones ni errores ni enconos, aparece aquello que con los años la vida retarda y ralea: la sorpresa de la primera vez. Yo llegaba exaltado a esa casa, porque lejos de mis padres me daba a mí mismo el permiso de la mala educación: cualquier límite se relajaba allí, se debilitaban los retos y así disputaba con el perro una vida animal, jadeante y ansiosa. En un rato llegaría mi primo Hugo y el descontrol sería completo: comenzaría el rodeo embarrado por la quinta y la salida al barro de la zanja, a las tapias escaladas, al juego de las escondidas por toda la cuadra, al fútbol en la calle interrumpido cuando pasaba un auto o una señora y a los arcos de postes imaginarios marcados con piedras amontonadas. Mi abuelo no se libraba de nuestra alianza y la gracia estaba en ver hasta cuándo nos aguantaba antes de rajarnos. Como debía ser operado de cataratas, nos pedía que le leyéramos el diario en voz alta y le cambiábamos adrede el tono y contenido de las noticias, sobre todo con frases del tipo: “el nefasto, malvado y criminal dictador de la hoz y el martillo Leónidas Brezhnev ha dicho...” hasta que nos interrumpía gritando: “¡Lea bien!”. Yo me sentía reprimido en la casa de mis padres y encontraba en Morón la libertad. Mi dicha era enorme sobre todo en el primer día de vacaciones, cuando el contraste entre el antiguo régimen y el estado proletario era brutal. Entonces mi abuelo tenía que enfriarme, anticipar distracción y quietud, ralentarme. Aquella vez no tuvo mejor idea que darme una sorpresa: iba a anticipar en unos días mi regalo de cumpleaños para que, durante varias horas, me dedicara a la concentración serena de la lectura y, a cambio, tenía que prometerle que por lo menos *eso* iba a cumplirlo, que no iba a postergar con alguna distracción el acto necesario y que, en suma, *¡non cominciare a scassare la minchia!* Prometido. Entonces de la nada sacó un libro que brillaba para mí, brillaba y me lo dio en la mano. *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne. Era un libro recién comprado de la editorial Tor, aquellos libros baratísimos y populares impreso a dos columnas en un papel rústico. Ahora sabía que el verdadero promotor de Verne era mi abuelo y que él le había comparado a mi papá los libros que estaban en mi casa y ahora repetía el gesto conmigo. Verne era todavía para nono Rosario lo que fue en los tiempos del editor Hetzel: un educador que divierte, el traductor de los inventos del futuro para los jóvenes, el inventor racionalista y edificante, el cartógrafo de la exploración, el frecuentador del progreso. Bastó leer las primeras páginas de *Viaje al centro de la Tierra* para que me ganara ese estado de arrebatamiento con el que siempre se leen los libros de Julio Verne. No podía dejar de leer porque lo que se ofrecía capturaba algo inaugural para mi imaginación, que esperaba manifestarse. Había podido cumplir el pedido, había leído el libro, pero la lectura me duró dos días, tres a lo sumo: al cuarto ya estaba jodiendo de nuevo. Por ejemplo encerrando al perro en el gallinero para que espantara aves de corral o silbando a la hora de la siesta una y otra vez detrás de la cortina del cuarto de mi abuelo para que el recuerdo lo arrullara, pensando que iba a imaginarse entre sueños que era el silbido de su padre en los montes sicilianos –me contó que lo llamaba así–, hasta que me sacó a los gritos a través de la persiana entreabierta porque no podía pegar un ojo. La escena inicial del libro de Verne tuvo tal magnetismo que me llevó hacia adelante con la misma impaciencia frenética que en la primera

página tenía el geólogo Otto Lidenbrock cuando le dijo a su sobrino: “¡Axel, sígueme!” en la casita del número 19, Königstrasse, de Hamburgo. El profesor lo llevó a su gabinete, que estaba repleto de minerales, grafitos, antracitos, hullas, turbas, cristales, metales –desde el hierro hasta el oro–, piedras de toda clase, textura y color, y, ya sentado en su sillón de terciopelo de Utrecht, le mostró un volumen *in quarto* encuadernado en cuero que tenía setecientos años de antigüedad: un manuscrito en rúnico del “*Heims-Kringla*, de Snorre Turleson” (años después recuperé aquel nombre, con toda su aura inmemorial, en la literatura de Borges: era el *Heimskringla*, de Snorri Sturluson, el mayor tesoro de la literatura medieval de Islandia, que data del siglo XIII, las biografías de los reyes nórdicos a lo largo de cuatrocientos años, las leyendas y poemas de los escaldas). De aquel libraco se deslizó un pergamino mugriento y en él una inscripción escrita en rúnico a tres columnas. Las páginas de mi libro de Verne ya estaban amarillentas y al final de la quinta página que estaba leyendo en aquella tarde de invierno vi aquel extraño mensaje. Un mensaje en rúnico:



Lo miré con gran curiosidad y lentitud. El profesor declaró que esos signos eran idénticos al del manuscrito y que se trataba de islandés antiguo. Era un criptograma, es decir, un mensaje enigmático escrito en clave, que debía ser descifrado. Yo estaba absolutamente fascinado por ese alfabeto que no podía comprender. ¿Por qué ese conjunto de signos me atraía tanto? Puedo ensayar ahora una respuesta. Habían pasado apenas cuatro o cinco años cuando aquel chico que yo era veía los signos que se le presentaban como el criptograma que la curiosidad acuciante quería descifrar. Imagino que contemplaría las palabras en sus formas, en su repetición, en su distribución del mismo modo en que intentaba discernir aquel mensaje en rúnico, aunque no hubiera modo de comprenderlo. No había naturalizado todavía la capacidad de descifrar, sino al contrario, se hallaba excitada ahora que los más complejos ejercicios de la lectura lo llevaban a explorar un abismo desconocido, a viajar a otra parte y buscar entonces *el centro de la tierra*.

Aquel chico descubrió que esos signos eran a la vez un instrumento, un puente y una donación, que después de comprender al igual que aquellos exploradores el mensaje oculto, podía lanzarse con su cuerpito a geografías desconocidas y sentir luego que él mismo estuviera recorrido por ellas, inmerso en ellas, como si las palabras fueran parte de los ritmos de su sangre y de su respiración. Pero había algo más, que no agotaba en el significado oculto del mensaje. Los trazos de ese mensaje en rúnico correspondían a la escritura de alguien ausente, llevaban consigo la huella de alguien que ya no estaba pero que seguía allí, como un guía, indefinidamente ellos. Yo seguía con los ojos bien abiertos

los razonamientos del profesor Lidenbrock igual que su sobrino Axel, era al fin su destinatario allí Morón durante una tarde de vacaciones de invierno, mientras mi abuelo tenía aquel mismo poder de revelación. De algún modo mi nono y el profesor se confundían para mí. En alguna página del libro, luego del arduo trabajo de Lidenbrock aparece otro nombre develado del mensaje en rúnico, cuyo sonido reverberaba en el grito de entusiasmo del profesor: *Arne Saknussemm*. Era un alquimista del siglo XVI que había dejado un mensaje preciso y lejano en latín para que Lidenbrock, su sobrino Axel y el guía Hans pudieran buscar en Islandia el cráter del Sneffels y viajar como él a las entrañas del mundo: al verdadero centro de la tierra.

Pero otra sugestión que me produjo el libro de Verne es lo más importante del relato: el viaje a Islandia, el descenso hacia el abismo desde la boca del volcán dormido y el descubrimiento de un mundo adentro del mundo al que los viajeros llegan. Un lugar a cientos de kilómetros de la superficie terrestre en el que encuentran otra vez, como incisiones por las cuales el nombre resiste, los signos rúnicos tallados en la piedra. En las piedras que los llevaban al descenso los viajeros leían la inscripción: “Arne Saknussemm”. Pero también habían hallado en cada encrucijada las iniciales “A S” para seguir el camino correcto. Los exploradores comprueban en las honduras del volcán Sneffels que ese descenso espacial era también un regreso al tiempo antediluviano en el presente de la duración. Era, asimismo, un circuito y un retorno: entraron por el paisaje helado de Islandia y el volcán dormido en esa isla y salieron, como si hubieran recorrido un camino en U, expulsados por un volcán en actividad, el Strómboli, en la cálida isla del mar Tirreno. Como un demiurgo Verne me hacía vivir, en la distracción de la aventura, una identificación elemental para una mutación mitológica. El viaje del joven Axel, guiado por el geólogo y lejanamente por el alquimista, era un rito iniciático, que llevaba de la exploración física del mundo subterráneo que realizaba el científico al pasaje por la sustancia transmutada que obraba el alquimista. Verne y Saknussemm eran las dos caras del mistagogo y Hans el guía de la naturaleza elemental: Axel viaja con el lector que no saldrá indemne de ese trayecto que se hace dos veces, como regreso y como transformación. En las grutas, los pasadizos, las cavernas, las minas, los lagos interiores, los bosques de hongos, los fósiles, las galerías de granito, los laberintos de basalto, las llanuras de osamentas, las concavidades adamantinas y el ascenso y el descenso en los abismos, Axel y el lector hacen algo por primera vez y, al mismo tiempo, cumplen un rito antiquísimo del que son apenas un eslabón. Retornar al centro de la Tierra es ir hacia lo genesiaco, viajar a la matriz del mundo y salir de ella como en un nuevo nacimiento, del Sneffels al Strómboli. Y entonces Axel alcanza un punto crucial. Tiene un sueño diurno y se transporta con la imaginación hacia el origen de la vida en el curso de las transformaciones terrestres: “toda la vida de la tierra se resume en mí, y mi corazón es el único que late en este mundo despoblado”, dice. Ensueño en el sueño lúcido de la lectura de infancia, entro con Axel en ese libro y no puedo abandonarlo, aunque lo finalice: al leer ha ocurrido un acto primordial, un pasaje. Y todo eso había sucedido allí en Morón, donde se abría finalmente el camino que asciende y desciende en el volcán.

Había en Verne dos temporalidades en tensión, nunca resueltas. Una correspondía al progreso, que es lineal, y confía en una constante superación en el dominio de la razón instrumental; la otra era cíclica y en ella figuraba el componente mitológico, más sombrío y oculto, que el positivismo de Verne difuminaba en sus novelas. Es el pasaje del visionario al vidente, del invento a la invención y acaso la fuerza mitologizante es la que sostiene todavía todos sus relatos, menos que aquella otra,

didáctica, utilitaria, científica y optimista que, sin embargo, hace que la ficción se articule en proyecciones, viajes, descubrimientos, comunidades. Lo que el niño lee afebrado y atento en un libro de Julio Verne no sería lo educativo (para lo que le estaba destinado y por lo que a mí mismo mi papá y mi abuelo idealista, progresista, me regalaban sus libros), sino el reconocimiento del mito en el relato inmemorial: esa potencia arcaica y fabulosa y liberadora, que retornaba al niño a la materialidad del mundo en la dimensión del esplendor y del terror, eso que lo hacía dichoso. “En pocas palabras, la única ciencia donde se puede reconocer que Julio Verne ha sido un maestro es la mitología”, escribió Michel Serres. Y Raymond Rousell, el autor de *Impresiones de África*, quiso un día estrecharle la mano para rendir homenaje al que consideraba, con fanatismo autoconsciente, “el mayor genio literario de todos los tiempos”. Creo que solo Michel Foucault explicó, con una agudeza magistral, esa coincidencia que a los que leen a Verne como un autor para niños y adolescentes –como el propio Borges al compararlo con Wells y como si ese rasgo fuera en sí mismo una disminución– les pasa totalmente desapercibida: “La obsesión por el retorno es lo que tienen en común Julio Verne y Rousell –el mismo esfuerzo por abolir el tiempo mediante la circularidad del espacio–. En estas figuras inauditas, que ellos no cesaban de inventar, volvían a encontrar los viejos mitos de la partida, de la pérdida y del retorno, correlativos con lo Mismo que se convierte en Otro y con lo Otro que era en el fondo lo Mismo, el de la recta prolongada al infinito que es también círculo idéntico”, escribió Foucault en *Raymond Rousell*. Los niños y adolescentes de los relatos de Verne son una metáfora de esa humanidad que renace; la palingenesia su verdadera vocación. El niño que lo ha leído es su espejo y acaso al crecer olvida lo que supo alguna vez, pero se halla largamente enterrado en su propio ser.

Al leer a Verne en la niñez las imágenes quedan impresas de un modo indeleble, porque se reconocieron una vez con la fiebre vital del cuerpo y la atención de la inteligencia. Los *viajes* imaginados por Verne son muy justamente llamados *extraordinarios*, porque se trata de una iniciación que la lectura de infancia vive sin saber y cuando sabe, olvida. Pero acaso el olvido sea la condición implícita de su retorno: porque la olvido, entonces *la invento*.

En el espacio de la infancia, al que no se puede volver, pero que constantemente regresa como evocación, se daría una experiencia única de lo humano basada en el pasaje a la conciencia lingüística. La lectura, cuando es vinculada a la infancia, parece preservar esa experiencia, y se manifiesta cuando el niño adquiere el lenguaje y pasa de ser infante a hablante, es decir, al superar aquella primera inmersión en el mundo que también era una entrada en la lengua, en el universo simbólico –“aquel bosque de símbolos que lo observan con miradas familiares”, como diría Baudelaire. El acto de leer en la infancia se corresponde siempre con el espacio inefable de una experiencia material. Y esto se debe a que la lectura en la infancia es contigua de un acto previo y muy cercano en el tiempo de una vida, luego olvidado: la adquisición del lenguaje.

Lo imaginario toma el lugar de la infancia en la lectura, porque siempre la lectura del niño es poética, está llena de relatos, es teatral, tiene la misma curiosidad del que indaga en el corazón de las cosas y las leyes del cosmos. En cierto modo hay lectura porque la experiencia de la infancia es su escena propicia y su ensueño irremediable. La lectura es el espacio donde se conjura el final de la infancia y donde a veces, si todo es favorable y si encontramos de nuevo aquella sensibilidad, las cosas nos vuelven a hablar y sentimos el canto de lo material como un nuevo comienzo. La lectura de un niño revela aquel pasaje de la infancia al habla y descubre sus tesoros como ninguna otra ex-

perencia cuando ocurre *por primera vez*. Y por eso privar a los seres humanos de estas primicias es una violencia y un crimen contra la existencia misma porque además condicionará la vida futura.

A partir de aquellas lecturas, la infancia –espacio de lo inefable, espacio de los objetos del mundo recién descubiertos y que retornan recordados, espacio de las voces amadas– vuelve como huella, como indicio, como ensoñación. Vuelve en los relatos que leemos, vuelve en los objetos que llaman en la memoria, vuelve en un día perfecto que habíamos sepultado, vuelve en la sensación de la vida que parece más intensa mientras se despena en la adultez, mortal y temporal y diversa. La infancia, en su irredimible lejanía, es una experiencia pura que alguna vez vivimos y que a veces vuelve en la lectura.

Levanto la vista de la última línea de *Viaje al centro de la Tierra* y regreso a Morón, donde vive Julio Verne, donde vive mi abuelo: lo veo haciendo la poda invernal al duraznero que miraba la ventana del galpón. Entregado a la profundidad de la tierra para recibir los mejores frutos, así dejaba su marca, como Saknussem dejó sus signos. Y no le importaba ser enterrado en ella. Esperó ese día labrando año tras año mientras yo crecí y lo deseé aquella noche de los ochenta, internado en el hospital, cuando tuvo fuerzas todavía para maldecir el triunfo de Reagan y de musitar, al saber que su compañero de cuarto había muerto, la palabra “¡dichoso!”. No le temía a la muerte porque cuando era muy joven trabajaba en la carpintería del pueblo y para hacer los ataúdes le iba a tomar las medidas a los muertos con un piolín y atornillaba las manijas de bronce, que quitaba velozmente para una nueva caja minutos antes de bajar el féretro. Me decía que no había razón para tener miedo a los muertos sino a los vivos y que dormiría tranquilo de noche en un cementerio. A mí me asustaban los muertos y ahí en Morón había leído “El entierro prematuro”, de Poe, y las necrofilias de la casa Usher, con las cuales conjuraba mi terror. Pero mi abuelo, mientras caminaba sobre el centro de la tierra allí en el suburbio, después de haberme regalado el libro de Verne, decía que si por él fuera deberían enterrarlo en un cajón liviano debajo del duraznero que estaba al lado del galpón, para que durante varios veranos le sirviera de abono interminable a todas las frutas.

## Referencias bibliográficas

- Monteleone, J. (2018). *El centro de la tierra (Lectura e infancia)*. Buenos Aires: Ampersand.  
Verne, J. (1961). *Viaje al centro de la Tierra*. Buenos Aires: Editorial Tor.